

segundo error sería mucho peor que el primero.» Los fariseos habían visto con demasiada evidencia la timidez y cobardía de los discípulos para que pudieran temer sus asechanzas y sus intentos, y lo que realmente temían era otra cosa : temían el milagro de la resurrección. Pilatos les respondió : «Hacedlo como vosotros lo creáis más conveniente.» Ellos fueron al momento al sepulcro, sellaron la losa y pusieron centinelas; pero ignoraban el testimonio tan incontrastable que, al obrar así, iban á dar de lo que ellos temían.



Lámina 107.—La Oración de los ángeles.
Cuadro sacado de un fresco de Benozzo Gozzoli, que se conserva en el palacio Riccardi, en Florencia, y data del siglo XV.



IX

JESUCRISTO RESUCITADO

La Resurrección.—La Ascensión

LA RESURRECCIÓN



Inicial de un ms. del siglo XIV.
Biblioteca de M. Didot.

IGNÓRASE el instante exacto y preciso en que tuvo lugar la resurrección; pero se cree con fundamento que se verificó al comenzar el tercer día, entre la primera aurora y la salida del sol. Llegado ese feliz momento, Jesús, del modo que había salido del seno intacto y purísimo de la Virgen, salió también del sepulcro por su propia virtud, sin el auxilio ó intervención de poder ó fuerza alguna exterior, y sin romper ni volver la piedra que le cubría, sino penetrando por ella en virtud de la sutileza de que estaba dotado su cuerpo glorioso. Los guardas del sepulcro no se apercibieron de nada, ni vieron al

Hijo de Dios, ni fueron dignos de esa gracia tan singular. Lo que sintieron y presenciaron fué otro espectáculo muy diferente. La tierra principió á temblar; el Ángel del Señor bajó del cielo, levantó la piedra enorme que cubría el sepulcro y se sentó sobre ella, teniendo su rostro como un sol y sus vestidos blancos como la nieve. Ante ese acontecimiento, los guardas, asustados, se quedaron como muertos y no vieron al Salvador, porque, cuando el Ángel levantó la piedra, había ya salido del sepulcro, y sólo quedaron allí la mortaja y el sudario, como testigos de lo que había sucedido. En estos momentos, María Magdalena, María, madre de Santiago, y María Salomé, madre de Juan, se dirigían hacia el sepulcro, llevando algunos aromas que ellas habían preparado; habían salido muy temprano de Jerusalén, y María Magdalena se había adelantado á las otras dos; de suerte que llegó al sepulcro antes que fuera muy de día, y le vió abierto y que los guardas habían abandonado aquel lugar. Sin detenerse, corrió precipitadamente á buscar á Pedro y á Juan para participarles ese acontecimiento, y al encontrarlos les dijo : «¡Se han llevado al Señor!» Y los dos Apóstoles echaron á correr hacia el sepulcro; y Juan, que llegó el primero, miró y vió la mortaja en el suelo, pero no entró; mas Pedro, tan luégo como llegó, entró y vió igualmente la mortaja, y en un rincón separado el sudario doblado. Entonces Juan principió á creer en la resurrección, no en la que Jesucristo le había anunciado y enseñado, sino en otra más imperfecta que él se formaba en vista

de los vestigios que había en el sepulcro; de manera que ni él ni Pedro comprendían todavía lo que habían visto y oído en las Santas Escrituras sobre la necesidad de que Jesucristo resucitara de entre los muertos; y los dos se volvieron á Jerusalén, notándose que Pedro estaba muy asombrado de ese suceso.

María Magdalena, que había vuelto en compañía de ellos al sepulcro, no se pudo resolver á separarse de él cuando se fueron los dos Apóstoles, y se quedó allí sola y llorando; y habiéndose inclinado para mirar dentro del sepulcro, vió á dos ángeles que estaban sentados en donde había estado colocado el cuerpo del Señor, el uno á la cabeza y el otro á los piés; y uno de ellos, al verla tan afligida, la dijo : «Mujer, ¿por qué lloras?» Ella, fijándose y atendiendo más á su dolor que á la visión de los ángeles, exclamó : «¡Se han llevado á mi Señor, y no sé dónde le han puesto!» Y sus miradas se dirigían por todo el huerto, como si esperase descubrirle. En ese momento se la apareció un hombre, puesto en pié, que ella no conocía, el cual la dijo : «Mujer, ¿por qué lloras? ¿Qué buscas?» Ella creyó que aquel hombre sería el hortelano, y, sin cesar de mirar y buscar en todo aquel lugar, le respondió : «Si tú te le has llevado, dime dónde le has puesto, y yo le cogeré.» ¡Qué palabra, exclama un escritor eclesiástico, qué fuerza de amor! Yo, una pobre mujer, yo enteramente sola, tendré bastante valor para tomarle en mis brazos y llevármele.

Jesús, que era el hombre, y que ella no conocía, estaba allí

y la dijo : «¡María!» Luégo que ella oyó el acento de esa voz, conoció que quien la hablaba era su amado Jesús; y volviéndose al momento hacia Él, exclamó : «¡Mi Maestro!» Y se echó á sus piés, teniéndoselos abrazados. Pero Jesús la advirtió que no abrazase sus piés de esa manera, como si ya no hubiese de verle más, porque aún no era llegada la hora de subir al lado de su Padre, ó, lo que era lo mismo, que permanecería todavía muchos días con los suyos; y además añadió : «Anda á buscar á mis hermanos y diles estas palabras : Yo subo hacia mi Padre y vuestro Padre, hacia mi Dios y vuestro Dios.» No podía Jesús atestiguarles de ninguna otra manera mejor que con ese mensaje tan tierno y cariñoso el amor que les tenía, á pesar de que le habían abandonado. San Pablo da á entender que Jesús se proponía con esas palabras evitar otra debilidad y flaqueza de los Apóstoles, queriendo, sobre todo, demostrarles que, lejos de despreciarlos y olvidarse de ellos en su gloria, les consideraba como los más cercanos de ella.

San Marcos añade en su Evangelio : «Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, se apareció primeramente á María Magdalena, á la cual había librado de siete demonios.» Y San Jerónimo, haciéndose cargo de esas palabras, dice que de esa manera mostró Jesús que las pecadoras y los publicanos precederían á la Sinagoga en el reino de Dios, como el ladrón arrepentido precedió á los Apóstoles. El venerable Beda hace también notar que los siete demonios quieren decir todos los vi-

cios, y que se hace mención de ellos en esas palabras para que todo pecador que hubiere hecho penitencia no desespere del perdón, porque se ve abundar la gracia donde abundó el pecado.

Mientras que María Magdalena iba á buscar á los Apóstoles para cumplir con el encargo que la hizo el Señor, las otras



Lámina 108.—Las Santas Mujeres en el sepulcro.—Fresco que se halla en la capilla de San Bartolomé de la catedral de Albi, y data del siglo XVI. Conforme á la copia de M. Perlet.—Las tres Marías llevan perfumes que deben servir para embalsamar el cuerpo del Señor; y el ángel, puesto de pie en el sepulcro, las dice: «Ha resucitado; no está aquí.» Sobre el sepulcro hay esta inscripción : «Sepulcro del Redentor del género humano.»

dos piadosas mujeres, María, madre de Santiago el Menor, y María Salomé, madre de Juan, llegaron al sepulcro, acompañadas de Juana, mujer de Cusa, y de otras santas mujeres que habían auxiliado á Jesús; y su llegada tuvo lugar cuando el día estaba ya avanzado y el sol muy elevado sobre el horizonté. Al encontrar vacío el sepulcro, se quedaron muy consternadas,

como sucedió á María Magdalena; y repentinamente se aparecen á su vista dos hombres con brillantes vestidos que las causaron espanto, obligándolas á bajar sus ojos hacia la tierra. Pero uno de los ángeles (pues lo eran los dos hombres aparecidos) las dijo : «No temáis. ¿Buscáis á Jesús de Nazaret, que fué crucificado? Mas ¿por qué buscáis entre los muertos á Aquel que está entre los vivos? Acordaos de lo que os dijo cuando aún estaba en Galilea, á saber : que era preciso que el Hijo del Hombre fuera entregado á las manos de pecadores, que fuera crucificado, y que resucitaría al tercer día. Ved el lugar donde fué puesto el Señor, y andad prontamente á decir á Pedro y á los discípulos que ha resucitado.»

Pedro es digno de que se le mencione de una manera especial por razón de la dignidad que había de tener, y además para que ni él ni ningún otro pudiesen dudar de que estaba perdonada su triple negación. Las santas mujeres se acordaron efectivamente de las palabras del Señor que el ángel había referido, y, sobrecogidas de temor á la vez que de alegría, se retiraron del sepulcro para dar la noticia á los Apóstoles; y cuando, muy precipitadas, iban andando, se les apareció repentinamente Jesús en el camino y las saludó con la palabra que el ángel Gabriel había saludado á la Santísima Virgen el día de la Anunciación. Ellas se acercaron á Él, le abrazaron los piés y le adoraron; y Jesús las dijo : «No temáis; andad y decid á mis hermanos que vayan á Galilea y que allí me verán.»

Juana, María y las otras mujeres se apresuraron á contar y referir á los Apóstoles todo lo que habían visto y oído, que era

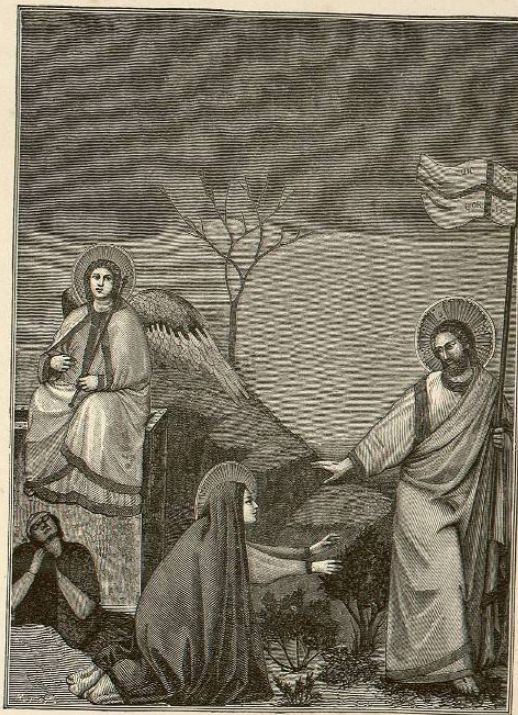


Lámina 109.—María Magdalena reconoce á Jesús.—Fresco de Giotto que se conserva en la iglesia de la Arena, en Padua, y data del siglo XIV.

la confirmación de lo que ellos acababan de saber por María Magdalena, y, sin embargo, reputaron semejante noticia como un delirio.

Los príncipes de los sacerdotes creyeron más fácilmente; y después de la relación que del suceso hicieron los guardas, se reunieron con los ancianos para tener consejo. Como eran hombres de astucia y de experiencia, al momento comprendieron que el partido más seguro que podían seguir era el evitar hacer mucho ruido y el instruir informaciones oficiales; y así se explica el que no persiguieran á los discípulos ni castigaran á los soldados; antes bien, por lo que toca á éstos, hicieron con ellos todo lo contrario, pues les dieron una gran cantidad de dinero para inclinarlos á que dijeran que los discípulos habían robado el cuerpo por la noche, mientras ellos estaban durmiendo, prometiéndoles su apoyo y protección á fin de conseguir que el gobernador pagano no les inquietase por esa causa y por dar semejante noticia. Los soldados, contentos, aceptaron el dinero y publicaron la mentira que se les había dicho; y por más que pareciera absurda áun al criterio de los mismos judíos que no se convirtieron, no era posible encontrar otra mejor, y á todo trance debía sostenerse la que se había inventado, evitando toda averiguación, quedando, por lo demás, de cuenta de la incredulidad y de la audacia el propagar y dar valor á semejante fábula. Desgraciadamente ésta, que en aquel tiempo fué acogida en todas las sinagogas, se ha trasmitido por los enemigos de Cristo hasta nuestros días, y es la explicación que se da del misterio de la Resurrección por publicistas incrédulos que se reputan ilustrados.

Por lo que toca á la obstinada incredulidad de los Apóstoles, hay en ella ciertamente algo de misterioso y que no alcanza la razón á comprenderlo. Hablando de ese particular, San Gregorio dice que no estaba tanto la causa de la falta de fe en su debilidad y flaqueza como en la necesidad que se sentía en el corazón humano, á quien han esclarecido y confirmado para que asintiera á las verdades reveladas las luces emanadas de tantas pruebas y testimonios como Jesús tuvo que presentar á los ojos de sus discípulos para que se resolvieran á creer el misterio de la Resurrección. Fueron verdaderamente difíciles de persuadirse los Apóstoles, sobre cuya palabra debía luego creer y descansar el universo; y para vencer su obstinación y resistencia, fué preciso que el Salvador se pusiera evidentemente ante sus ojos después de resucitado, y áun entre sus manos, puesto que no creían sino lo que veían y palpaban. Pedro fué el primero, después de las piadosas mujeres, que mereció tan señalado favor el mismo día en que se verificó la Resurrección, lo que es una prueba de la verdadera conversión y arrepentimiento del Apóstol; y en proporción de su penitencia y dolor estuvo el perdón que le concedió el Señor.

En la Resurrección se encuentra realizado el verdadero milagro de Jonás, tan severamente anunciado á los judíos; y ella es la última manifestación y rasgo luminoso de los símbolos en virtud de los que, no solamente las palabras, sino la vida misma de los Patriarcas y Profetas forman en su conjunto una perfecta

imagen y una historia completa y anticipada de Jesucristo. Jonás, enviado para convertir á Nínive y viviendo en la muerte, es el tipo del tránsito de Jesús por el sepulcro, con solas las diferencias que naturalmente surgen entre una criatura y el Criador. Jonás desde luégo se resistió á admitir la misión que se le dió, por temor de que Nínive convertida no sirviese de ruina á Israel, y Jesús quiere, no sólo la salvación de Israel, sino del mundo entero. Jonás, iluminado por Dios, pide él mismo que se le arroje al mar para salvar la nave que le conducía, y Jesús se ofrece y entrega por su propia voluntad para salvar la humanidad. La nave de Jonás se salvó por el sacrificio de éste, y el género humano se ha salvado por el sacrificio de la cruz. Jonás, tragado vivo por el monstruo marino, vive en las entrañas del mismo, y después de tres días es vomitado vivo; y por un milagro todavía más extraordinario sale Jesús vivo de las entrañas de la tierra, en donde había sido sepultado muerto; y, finalmente, vuelto Jonás entre los hombres, fué á predicar, no á los judíos, sino á Nínive, y Jesús predicó y enviará sus Apóstoles á evangelizar el mundo entero.

LA ASCENSIÓN

El día de la Resurrección por la tarde iban dos discípulos desde Jerusalén á Emmaus, que distaba unos sesenta estadios (próximamente tres leguas), y hablaban por el camino de lo

que acababa de suceder. Un hombre se acercó y continuó andando con ellos, y les preguntó sobre qué asunto hablaban y cuál era la causa de la tristeza que en ellos se manifestaba; uno de ellos contestó : «¿Eres tan extraño en Jerusalén que ignores todo lo que allí ha sucedido estos días?»—«¿Qué es lo que ha pasado?» preguntó el viajero, y ellos contestaron : «Acerca de Jesús de Nazaret, que así por sus obras como por sus palabras era delante de Dios un gran Profeta, y lo mismo en el concepto del pueblo. ¿No sabes que le han entregado y crucificado los príncipes de los sacerdotes y los ancianos de nuestra nación? Nosotros esperábamos que sería Él quien había de libertar á Israel, y se han pasado ya tres días desde que murió.»

De esa manera expresaron los discípulos el desaliento en que se encontraban, y con acento de duda referían también la noticia de las piadosas mujeres acerca de que Jesús estaba vivo y de que su cuerpo ya no se hallaba en el sepulcro. Entonces el insigne viajero les dijo : «¡Oh insensatos y duros de corazón para dar crédito á los Profetas! Pues ¿acaso no era necesario que el Cristo soportase todos esos sufrimientos, y que de esa manera entrase en su gloria?» Y seguidamente, con una claridad y razonamiento admirables, les explicó, principiando por Moisés y pasando revista á todos los Profetas, todo lo que se había predicho acerca del Cristo en las Santas Escrituras.

En tanto que oían esa instrucción, llegaron al punto donde debían detenerse, y el ilustre viajero aparentó como que quería